

Prólogo

¿Cómo podré alcanzar el centro de mi centro
si estoy encadenado al cuerpo de mi amada, a los bos-
ques
y al aire que respiro?

JESÚS AGUADO, *Mendigo*

Si escribo un alemán mejor que el de la mayor parte de los escritores de mi generación, esto se debe en gran parte a que durante más de veinte años he respetado una única y mínima norma. Consiste en no utilizar jamás la palabra *yo*, salvo en las cartas.

WALTER BENJAMIN, “Crónicas berlinesas”

La cita de Benjamin (*apud* Bocchino 3), que en alguna ocasión ha recordado Jorge Riechmann, es visionaria por muchos motivos y revela la capacidad del pensador alemán de cambiar la perspectiva de observación de los sucesos sociales con sólo repensar el lenguaje utilizado. El lingüista alemán Eugen Rosenstock-Huessy señaló, hace casi un siglo y antes de los análisis neurolingüísticos, que la forma en que aprendemos a relacionarnos parte del *tú* (que es la forma en que los padres se dirigen al bebé), pasa luego a la tercera persona y sólo en último lugar el niño llega a construir un *yo* desde el que hablar y pensarse (*cf.* Searls, “Who’s Number One?”; Sloterdijk y Heinrichs, *El sol y la muerte* 34 y Paul Bloom 193). A pesar de esa lógica, digamos natural, la mayoría de idiomas sitúan desde la Antigüedad al *yo* como la *primera* persona del singular, marcando un sistema de preferencia enunciativa y una clara jerarquía subjetiva, que

en uno de sus más conspicuos ejemplos, la filosofía cartesiana del *co-gito, ergo sum*, se plantea nada menos que la base de todo nuestro conocimiento vista desde esa jerarquía. En *The Origin of Speech* explica el singular Rosenstock-Huessy que en inglés “yo” no sólo se escribe con mayúscula (“I”), sino que está relacionado con el vocabulario divino y los juramentos (96-97). Recordemos con Edward Sapir que las lenguas modelan la culturas y con Aira que “el lenguaje es la forma de la conciencia; la envuelve, la conforma, dando el modelo de lo que se llamará forma/contenido, y en ese rizo se hace autoconciencia” (“Arlt” 58). Desde que aprendemos nuestras primeras palabras en la escuela, por tanto, se nos habitúa a inflar y sobredimensionar el yo, construyendo las bases educativas y culturales de nuestro futuro individualismo.

Si en *La literatura egódica* (2013) examinábamos los excesos del yo en la narrativa española contemporánea, en este trabajo nos proponemos completar el estudio del sujeto presente en la literatura española de los últimos decenios mediante una larga exploración tipológica de las formas de la subjetividad disuelta en la poesía actual, dirigida a darle *sentido* a las numerosas variantes. Una de las notas características de esa lírica es el tratamiento “excesivo” del tema de la subjetividad, entendiéndolo por *excesivo* no sólo la representación desproporcionada del mismo, sino también su búsqueda de una desaparición subjetiva radical, es decir, de la elipsis total de cualquier forma de sujeto, en no pocos casos y poéticas. Da la impresión de que la poesía peninsular no aborda el problema del sujeto con medias tintas, extremándose las formas “egódicas” tanto de ausencia como de presencia (de ahí el sentido del neologismo “egódico”, con origen en los términos latinos *ego + dicere*, que incluye tanto lo egocéntrico como su contrario, unidos por su común razón de *exceso subjetivo*). Este ensayo bucea entre ambas posibilidades antagónicas, rastreando las formas de aparición o desaparición de la subjetividad poética, en aras de una tipología operativa para entender las diferentes clases de sujeto poético utilizadas entre finales del siglo xx y principios del XXI en España (análogas, claro está, a las empleadas por la literatura hispanoamericana actual). El tema de la identidad es obse-

sivo en la literatura contemporánea (por no decir en el arte, en documentales, series, cine o cualquier forma cultural de hogaño); la identidad es “la materia sin fin de nuestro bosque” (Valero, *Canción* 17). Beatriz Sarlo ha mencionado en alguna entrevista que “el yo está de regreso [...] un giro subjetivo atraviesa no sólo la literatura culta sino el testimonio, los programas de televisión, las plataformas de Internet”. A través de diferentes modos y prácticas, la identidad centra lo literario cualquiera que sea su género; el motivo es que resulta difícil para cualquier persona abandonar su yo, como explicaba Jean-Marie Le Clézio en *El éxtasis material*: “Yo soy *este*; lo he sido, lo seré, es inútil, por un deseo de objetividad, o por esta natural hipocresía que se llama lucidez, que quiere mostrar los ángulos diferentes de una cosa única, tratar de escapar. No se juega con *uno*, no se escapa de uno mismo. [...] La libertad no es el objetivo del lenguaje. ¿Soy libre de ser yo mismo?” (36). Buena parte de la literatura occidental parte del desgarró existencial ante el bosque interior: desde el Odiseo devenido temporalmente Nadie hasta el Breton que termina *Nadja* cuestionándose su identidad, pasando por el *Lazarillo de Tormes* que comienza su inteligente narración con un “Yo” que se cuestiona a sí mismo (como el *Buscón* quevediano, con su “Yo, señor, soy de Segovia”; del mismo modo que *La familia de Pascual Duarte* de Cela, que principia “Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo”). En esta duda identitaria se debate gran parte de la mejor literatura mundial, desde la *Odisea* y *Hamlet* a los personajes de Samuel Beckett. Es la literatura que le pregunta al yo acerca de aquello que le falta: la unidad, esa integridad ausente que le completaría como ser y que deja al personaje titubeante y perplejo.

Esa es la literatura quizá más interesante, pero hay otra: una literatura de exceso egocéntrico de yo, donde las bienintencionadas preguntas de Le Clézio encuentran una respuesta desmesurada, descubriendo a un yo literario encantado de haberse conocido. La escritura, especialmente la poesía, ronda la intimidad y seduce al intimismo como tema. Y el intimismo termina, muchas veces, en una forma más o menos oculta de exhibición narcisista (Lorca, en uno de

sus poemas dedicados al “Yo”, le dice: “debieras llevar sable y casco” (644). No obstante, los neurobiólogos advierten de que tal proceder es habitual en el ser humano, poeta o no, e incluso describen lo que viene en llamarse el “egoísmo implícito”. Éste supondría una evolución resabiada del antiguo parecido padres/hijos con el que la naturaleza aseguraba que los primates quisieran a sus recién nacidos y los protegiesen (cf. Fresán, *La parte inventada* 25). A juicio del neurocientífico David Eagleman, “la gente tiende a amar su propio reflejo en los demás. Los psicólogos lo interpretan como un inconsciente amor hacia uno mismo” (79), y enumera luego diferentes comportamientos, científicamente probados, de egoísmo implícito: las personas eligen pareja, en mayor proporción, con otras personas cuyo nombre comienza con la misma inicial que el suyo; sentimos simpatía inconsciente por personas nacidas en nuestra misma fecha de nacimiento, etcétera. Otro ejemplo: “al analizar las páginas amarillas de la guía telefónica, Pelham y sus colegas descubrieron que nombres como Denise y Dennis figuran en número desproporcionado entre los dentistas, mientras que nombres como Laura o Lawrence tenían muchas probabilidades de hacerse abogados (*lawyer* en inglés)” (Eagleman 81). En la novela de Aixa de la Cruz, *De música ligera*, leemos: “En Inglaterra hay un número desproporcionado de biólogos que se llaman Fish, ¿sabías? Los psicólogos los llaman condicionantes ocultos” (157), y Gregor von Rezzori escribe en *La muerte de mi hermano Abel*: “tener casi el mismo nombre propio le granjeó de inmediato las simpatías maternas de la señora” (150). Y lo curioso es que este mimetismo narcisista no sólo pertenece a los humanos, sino que según Spitzer puede rastrearse en nuestros antepasados, los primates: “a los monos les gusta ver otros monos. Así no extraña que los primates experimenten como una recompensa la observación de otros primates y que, por ejemplo, renuncien incluso al alimento para poder ver vídeos de otros primates” (319).

Al trasvasar por un instante este egoísmo implícito a lo literario pueden hallarse asociaciones plausibles. Por ejemplo, obsérvese el ingenioso detalle de Musil en *El hombre sin atributos*, cuando Diotima, al preparar una reunión de prebostes del poder y la intelectuali-

dad de Kakania, sitúa la asamblea en la biblioteca de su hogar y empuja en ella, bien visibles, los libros de sus invitados, quienes “se sentían colmados de una dulce satisfacción al descubrir allí sus propias obras” (304). También el egoísmo implícito podría latir bajo la extendida tendencia de muchos escritores a no alabar más que aquella literatura semejante a la propia o que comulga con su estética. Desde otro punto de vista, podría ser una muestra de egoísmo implícito la metarreferencialidad o autorreferencialidad de algunas obras, que indica que la obra gusta de mirarse a sí misma, como esos primates que adoran a los primates porque son primates. Y, en última instancia, la autoficción sería el hábitat perfecto del egoísmo implícito: escribimos sobre nosotros mismos porque nos amamos como personas y como escritores, sin más.

Pero claro, un intelectual debería ser capaz de detectar, pulir y morigerar sus atavismos, conteniendo su pulsión egocéntrica y poniendo el yo al servicio de la obra y no al revés, como pasa de seguido. Por desgracia, no parece que sea ése el camino del siglo en marcha: “así como el siglo XIX estuvo”, dice Peter Sloterdijk, “en lo cognitivo, bajo el signo de la producción y el siglo XX bajo el de la reflexividad” (*Has de cambiar* 17), el XXI parece marcado por la exhibición narcisista y la preocupación por la imagen de uno en los demás. Según un estudio del Pew Research Center’s Internet Project de mayo de 2013, el 56% de los estadounidenses buscaron su nombre en Internet en 2012, mientras que en 2001 lo había hecho sólo el 22%; eso significa que casi seis de cada diez personas teclean su nombre en los navegadores para saber qué se dice de ellos (*v.* José Luis de Vicente). La tendencia es más firme cuanto más jóvenes son los internautas consultados (*cf.* *Internet Safari*, de Noel Ceballos), y crece según el estatus económico. Con esto no se intenta sugerir que las tecnologías sean la causa de que la gente sea más narcisa, sólo son el termómetro que indica que las personas son igual de narcisas que siempre, pero dotadas de instrumentos más refinados para buscarse y regodearse en la autocontemplación. También los instrumentos literarios del yo se tornan cada vez más sofisticados. La autoficción, que era una práctica episódica a finales del XX, devino auténtica pla-

ga en los últimos años, con escasos ejemplos salvables (como la *autonovela* que estudiamos en *La literatura egódica*). Nunca se han escrito tantos diarios, “crónicas personales”, dietarios y autobiografías; nunca proliferó tan desmesuradamente la literatura basada en casos reales y propios, sin apenas elaboración estética. De algunos escritores, en un gesto narciso asombroso, hemos conocidos antes sus textos autobiográficos que los de ficción. “Un recorrido, siquiera superficial y arbitrario, por los territorios de la creación literaria de hoy”, lamentaba José-Carlos Mainer hace veinte años, en términos aún vigentes, “revela que nuestros escritores se observan en el espejo o se refugian en la literatura, seguramente a falta de mayores certezas [...] el egoísmo es el tema y el lema de nuestro tiempo” (*De posguerra* 179). Si en los años 40 y 50 había un motivo existencial, de supervivencia, para un exceso de presencia autorial (véase el sincero y lúcido testimonio generacional de Gloria Fuertes 24), no parece tan justificable esa misma hinchazón en nuestros días.

Cada vez son más raros, en consecuencia, los testimonios de alejamiento del regodeo y el narcisismo, y quizá por ello parecen más valiosos esos rastros de distanciamiento crítico. Cuánto cuesta en estos días encontrar versos como estos de Lila Zemborain: “El yo últimamente me molesta. Oigo el yo en mi boca pronunciado, el yo me irrita, ya no me entretiene, se ha vuelto intolerable” (9). Ojalá ésta, quizá también terrible y funesta, pero menos autocomplaciente, sea la plaga por venir.

Ámbito geográfico y temporal

Este volumen es complementario del ya citado *La literatura egódica* (2013), y por ello he prescindido aquí de algunas precisiones metodológicas allí expuestas. En este caso, y para cercar un panorama que sería ingobernable sin ciertos límites, he fijado como marco temporal y geográfico la poesía publicada en España desde 1978 a nuestros días. El sujeto aquí estudiado será, por lo tanto, el definible como *posmoderno* (se explicará luego a qué nos referimos con tal

adjetivo), con clara conciencia de que existen numerosos autores españoles, más en poesía que en narrativa, que impostan desde su lírica un sujeto anacrónico, que deliberadamente se inserta en una tradición idealista liquidada hace más de un siglo (como muestra, Concha Lagos escribía en 1976: “para enfrentarme al yo, el nunca divisible” 276). Ese sujeto desaparecido es, en palabras de Eduardo García, el “yo sustancial cartesiano, desde donde pretenden hablar, con la mayor de las inequidades, buena parte de los poetas españoles, instalados en un anacronismo histórico sin fundamento” (“El tiempo” 18). Volveré a este tema en un momento posterior, aclarando ya que la inmensa mayoría de ejemplos aquí recogidos, directamente o por oposición, son muestras literarias –conscientes o inconscientes– de la disolución del sujeto. Convendría hacer una precisión más sobre el espectro poético en el que vamos a situarnos. Las generalizaciones son siempre inexactas, pero aproximarse a un contexto literario o cultural requiere de cierta flexibilidad para no perdernos en las ramas, o en las nubes. Laura Scarano estableció en 1994 una generalización bastante aproximada (creo que la más concreta que puede hacerse sin caer en demasiadas injusticias y la más general como para no dejar poéticas importantes fuera); a su juicio, la poesía española contemporánea tendría dos direcciones generales:

- Una línea de apertura del discurso literario a otros discursos sociales, del sujeto monopólico a otras instancias de enunciación, del lector convencional a otros circuitos receptores, produciendo un efecto de permeabilidad discursiva;
- Una línea de fractura de los conceptos totalizadores y absolutos de la modernidad literaria, del yo, del poema, del lenguaje, del quehacer artístico en general, con una consecuente fragmentación de los componentes poéticos tradicionales, elaborando en todos los niveles del discurso estatutos ambiguos, dialécticos y contradictorios en permanente mutación (“Aproximaciones” 52).

Creo que en estos dos grupos pueden recogerse casi todas las tendencias actuales planteadas en la escritura poética española. Dentro del primer grupo estarían lo que llamamos en *Singularidades* “poesías de la recepción”, y dentro del segundo las “poesías de la indagación” (120ss), términos que hay que entender con laxitud. En lo que toca al sujeto, en el primer grupo estarían las “escrituras ensimismadas” de las que hablaremos en otro lugar, al estudiar el tratamiento de la otredad; en el segundo aquéllas que saben poner el yo en cuestión incluso en los poemas autobiográficos, como puede verse en este significativo poema de Jenaro Talens, llamado “Autobiografía”: “Digo / yo, digo / tú, dices / yo, dice / tú, cuanto / soy, cuanto / somos, en ti me / reconstruyo, (lo / reconstruyes), me / digo, siempre / que he hablado, te hablaba / desde mi vida, nunca, / nunca te hablo / de / mí” (*El largo aprendizaje* 63). En nuestro estudio utilizaremos indistintamente ambas poéticas, ensimismadas y de indagación, en cuanto las dos son posmodernas por lógica historicista, remitiéndonos en lo tocante a este extremo a lo explicado en *La literatura egódica* a partir de las teorías de Fredric Jameson.

Agradecimientos y comentario final

En rigor, éste debería ser el apartado más extenso del libro; por razones de etiqueta reduciremos los agradecimientos a su parte indispensable, que comprendería en primer y destacado lugar a Pedro Ruiz Pérez, la persona que me enseñó el método filológico y detectó en mi bosque íntimo un árbol investigador, al que sometió a rigor metodológico y a la ética del esfuerzo. Asimismo, debo agradecer a varias personas que han leído algunas de mis investigaciones y las han mejorado con sugerencias y comentarios: Julio Ortega, Pedro Conde, Marco Kunz, Celia Fernández Prieto, Julián Jiménez Heffernan, Fernando R. de la Flor, Bénédicte Vauthier y Javier García Rodríguez, a quienes tanto debo. Agradezco también a la Cátedra Ángel González de la Universidad de Oviedo, especialmente a Leopoldo Sánchez Torre y Araceli Iravedra, la creación del Premio Internacional de Inves-

tigación Literaria “Ángel González”, que este libro obtuviera en su primera edición y que tan necesario ha de ser en el futuro para continuar analizando críticamente la poesía española actual. Por último, agradezco a Klaus Vervuert y María Pizarro Prada su interminable paciencia editorial con el dudoso facedor de estas letras.

Una investigación como ésta, que se ha extendido durante casi dos décadas, va sembrando sus frutos y dejando rastros escritos de sus vacilaciones. Para cumplir las bases del premio fueron extraídos del original presentado dos breves apartados del presente ensayo, que habían sido publicados en otros lugares (“Yo poético y sujeto en Rimbaud” y “Los yoes femeninos vaciados de Olvido García Valdés y Concha García”), así como algunos párrafos dispersos y las menciones a mis propios trabajos, que fueron elididas en unos casos y pasadas a tercera persona en otros, volviéndome yo también *otro*, como tantos autores aquí citados. Con el permiso del jurado, al que agradezco también esta deferencia, todos esos pecios regresan ahora a su lugar natural.

Otro problema del investigador que dedica tanto tiempo a estudiar un tema es la acumulación de posibles ejemplificaciones y citas. Para aliviar el presente libro de ellas sin renunciar a la posibilidad de consultarlas, he decidido recoger centenares de menciones a otros libros en un complemento en línea que se publicará en la página web de la editorial y en mi blog *Diario de Lecturas* al tiempo de aparición de este ensayo, con el título “Suplemento digital de *El sujeto boscoso*”. A esa ampliación en línea me referiré a lo largo del ensayo bajo el término “Suplemento”.

Tras una imprescindible introducción en la que se abordan los problemas ontológicos del sujeto actual y la metodología, estudiaré el modo en que el sujeto poético se constituye o se disuelve (capítulo II); se verán después las formas de egodismo por exceso, cuando el sujeto literario se duplica o convierte en otro (III), y terminaremos con las formas de egodismo por ausencia cuando el yo se “nadifica”, desintegrándose en la *notredad* (IV). De este modo se irá avanzando en la exploración de este sujeto boscoso, recordando que, como escucha Macbeth, el bosque avanza hacia nosotros.